

LOS DIOS METALÚRGICOS

RAFAEL BALLESTER ESCALAS

Estas líneas forman parte de unos cuantos artículos inéditos sobre interpretación prehistórica de los mitos, de los que en la coyuntura, a la vez amistosa y solemne, que se me ha ofrecido de tributar un pequeño homenaje a nuestro entrañable amigo y maestro el doctor Pericot, quise brindarle el que me pareció menos desaliñado. La Antigüedad clásica abunda en hechos generales, que los modernos desarrollan después en un lenguaje abstracto, y que los antiguos, en su afán de personalizar, adscribían a personajes míticos o a divinidades. Ante todo hemos de fijar nuestro léxico. Hemos hecho resaltar aquí testimonios de Estrabón, Plinio el Naturalista, Diodoro de Sicilia y otros autores que tienen en común entre sí el haber vivido en una época tardía de la Antigüedad mediterránea, y en los que existe la tendencia a formular de un modo «moderno» (aun dentro de la personalización mítica) las interpretaciones de los mitos.

Estos autores son quienes hacen, a nuestro entender, la «Prehistoria de la Prehistoria». No tienen ningún punto en común con un Boucher de Perthes, porque no manejan materiales arqueológicos, pero no se les puede negar el papel de precursores de *algo*. Este algo ha sido el objeto de nuestra atención en estas líneas.

Estrabón y Diodoro estuvieron a punto de comenzar a elaborar prehistoria de un modo especulativo. Por lo que se refiere a nuestro léxico, por tanto, calificamos de «modernos» dentro de la «Antigüedad» a estos autores de tendencia erudita. Ellos y su grupo se encuentran, dentro de la evolución de aquella cultura, en una etapa que ya no es «mitológica» ni tampoco «filosófica», sino «positiva». No hemos querido relativizar (como hizo Dilthey con la terminología comtiana), sino solamente situar. En nuestra cultura presente la Prehistoria aparece en la Edad Moderna. En la cultura antigua apareció también un esbozo de Prehistoria en los últimos tiempos del helenismo, ya dentro del Imperio Romano.

Esbozo vacilante, contaminado aún con el lenguaje personalista, impregnado de aquella tendencia narradora que hoy parece infantil, pero debajo de la cual adivinamos el ceño fruncido de la estatua del sabio. Los poetas líricos arcaicos mitificaban directamente; los prosistas «modernos», griegos o latinos, de la época imperial, se ciñen a transmitir las mitificaciones, pero se sonríen de ellas. Fuera de esto, la tarea de quien busque en ellos conceptos abstractos es ingrata.

LA HUELLA DE EVHEMERO

Un filósofo de la religión, o por mejor decir de la mitología, en aquella época, Evhemero de Mesina, en su *Inscripción Sagrada*, emite una teoría que a primera vista parece excepcional para su tiempo, pero que en realidad compartieron tácitamente muchos eruditos helenísticos: según Evhemero, los dioses no habrían sido sino grandes hombres de un pasado remoto, divinizados por la transcendencia de su obra histórica (si no se podía concretar qué obra fuese, es evidente que se trataba de un hecho *prehistórico* auténtico).

Estrabón y Diodoro no se adscriben a este parecer ni se preocupan de debatir doctrinariamente nada que tenga relación con esta idea; pero ocurre que Evhemero pudo tener o precursores o discípulos tácitos. En todo caso ocurre que su teoría no parece ser tan original como todo eso. Leyendo a los otros dos nos damos cuenta de que el evhemerismo era un postulado racional para muchos eruditos antiguos, una cosa casi «de sentido común». En la Edad Media bizantina el erudito Focio se hace eco de estas generalizaciones evhemeristas, y de otro hecho más importante todavía: del empleo de nombres de dioses como adjetivos, y no como nombres propios. Vamos a entrar en materia.

PLURALIDAD DE NOMBRES, UNICIDAD DE GEOGRAFÍA

Fuera del plano agigantado, brillante, y «oficial», por así decirlo, de los grandes dioses del panteón homérico, de esos célebres «dioses del Olimpo», existen en la mitología clásica una multitud de divinidades que no creemos sea inferior en número a las del panteón de la India. Son esas deidades locales sólo estudiadas por los mitólogos, pero arrinconadas de la «publicidad» en la divulgación, lo que pone a ésta, en el plano universitario, en el grave peligro de irse asemejando cada vez más a una temática de guía para turistas, cosa que debe evitarse.

Tan poco divulgados como los nombres de los «dioses indigetes» de Roma son los nombres de los dioses de la metalurgia (los Telchines, Coribantes, Dactilos, Curetes y Cabiros), tan personalizados que algunos autores nos dan incluso los nombres propios de cada grupo; tan colectivos, que sus cultos parecen ser a menudo sinónimos, sin que sea fácil distinguirlos unos de otros; y por fin tan vinculados a determinadas islas del este del Egeo como las primeras etapas de propagación de los metales.

Estas islas son preferentemente Rodas, Chipre y Tasos. Está también vinculado (a los llamados Dactilos) el Monte Ida, aunque no sabemos cuál: si el de Asia o el de Grecia europea. No pretendemos aquí agotar el tema de todas sus vinculaciones. Sólo nos referiremos a su relación con la Prehistoria de los metales en Europa.

En todas las versiones mitológicas que nos hablan de los Cabiros o de los Telchines, por ejemplo, aparecen estas deidades vinculadas a las islas de Chipre, Rodas o Tasos. Los Cabiros, en particular, llegaron a convertirse en divinidades locales de Tasos. De los Telchines, los textos dicen unas veces que son fenicios, otras que son pelasgos. Con la voz «pelasgos» aparece el tecnicismo típicamente «arqueológico» más socorrido en la Antigüedad. Para un griego o un romano antiguos, la palabra «prehistoria» hubiese parecido una redundancia. Para aquellas gentes, formadas en la socarronería verbal de las escuelas de oradores, una cosa «anterior a la historia» no sería historia de ninguna manera. En cambio, la palabra «pelasgo» satisfacía su sorda ansia de «por qué» y de «cuándo», que también tuvieron, aunque no acertaban a darle expresión léxica.

Los Telchines eran, pues, para un Estrabón o un Diodoro, o bien «fenicios» o bien «pelasgos». Una cosa era cierta: que fueron ellos quienes inauguran en Grecia la Edad del Metal. Y no creemos que sea aventurado «traducir» así el endiosamiento mitológico de esos extraños y múltiples dioses.

LA MULTIPLICIDAD IMPLICA ANONIMATO

Uno de los hechos más flagrantes de lo prehistórico, como se entiende hoy, es el anonimato. La mitificación antigua lucha contra esto. No quiere conceptos abstractos: no sabe nada de «razas» ni de «oleadas étnicas». Busca siempre, como Diógenes con su linterna, un hombre. Y cuando no lo encuentra lo inventa. Los griegos hubiesen «encontrado» (*inventi*, decían los latinos, muy ambiguamente, porque todo el que «descubre», «inventa») el nombre del que fabricó la primera rueda. Así, ingenuamente, como todavía algunos países mo-

dermos, con igual primitivismo, pelean por ser ellos, y no otro, la patria del inventor del automóvil, o del descubridor de la circulación de la sangre, o del telescopio.

En el caso de los Telchines, sin embargo, Estrabón y Diodoro sólo nos dicen que eran muchos; se conocen los nombres de algunos, tan sólo, pero había muchos más.

Por fin Estrabón, dando un paso más en la ruta de lo moderno, racionaliza el mito y dice que los Telchines eran un gremio de metalúrgicos. Se les divinizó, según se comprenderá fácilmente, como en tiempos de Estrabón se ha divinizado todo lo que tiene poder: un ambicioso, asociado a unos conspiradores que intentan asesinar a todo el Senado de Roma, mueve hábilmente los hilos de la trampa; después queda al margen. El complot fracasa. El ambicioso sobrevive. Urde otras intrigas. Obtiene al fin un mando militar. Conquista la Galia. Después marcha sobre Roma. Derriba al gobierno y se adueña del poder. Logra perpetuar su mito. Hoy es el divino Julio, y figura entre los dioses. Si esto ha sido posible, ¿cómo no iba a serlo mitificar y divinizar a los pacíficos fundadores de una industria útil a todos los hombres? No hay duda: los dioses Telchines son un gremio divinizado.

Esta idea es algo auténticamente original en la filosofía de los mitos. Lo que tiene de relacionable con los métodos y postulados de la arqueología actual es, precisamente, hacer pasar a primer plano del relato el «trabajo», la «producción». El fenómeno del metal ha aparecido en el este del Egeo en tantos puntos a la vez, que es imposible saber el nombre y el número de todos los dioses Telchines, es decir, de todos los lugares en que hubo forjadores.

También es interesante, a este respecto, la asociación con los fenicios. Como ya hemos dicho, los nombres de Telchines, Dactilos, Cabiros y otros pueden usarse indistintamente. Esto es un rasgo de anonimato más, no por falta de nombre, sino por incertidumbre y sinonimia. También es significativo lo multitudinario, la gran divergencia de versiones, y el hecho de que uno de los centros de culto telchineo-cabírico, o como se le quiera llamar, radique en la isla de Chipre, campo de la más antigua colonización fenicia, de aquellos hombres que luchaban por el monopolio del estaño para lograr el del bronce con él. Pausanias asocia concretamente los Dactilos con los fenicios.

NOMBRES PROPIOS TOMADOS COMO ADJETIVOS

En el fondo de la «evhemerización» hay un fenómeno que la mitología comparada puede apreciar en varias culturas antiguas a la vez: los nombres de dioses tomados como adjetivos: «Iuppiter

Iulius», «Horus- Ra», y en el caso de los Cabiros-Telchines, etc., el texto del *Lexicon*, de Focio, que dice así: «Kabeiroi eisi de etoi He-faistoi hé Titanes» (*los Cabiros son tenidos por Vulcanos y Titanes*).

El empleo de estos nombres de dioses y semidioses, en plural, es un adjetivo, como cuando nosotros decimos «esas Venus y esos Apolos» refiriéndonos a individuos hermosos de ambos sexos. Esta adjetivación de los Cabiros-Telchines se menciona en Focio con ocasión de un elogio que se les tributa por su consumado arte de la metalistería. Se trata, por lo tanto, de seres humanos a quienes se les dedican adjetivos, no de nombres de dioses.

SE TRATA DE UN MITO TECNÓCRATA

El interés que esto tiene para el prehistoriador consiste precisamente en que no se trata esta vez de los amoríos de Júpiter, ni de las hazañas de Hércules (uno de cuyos trabajos, al ser un «trabajo» auténtico, como el limpiar los establos de Augias, fue considerado después por los dorios como un motivo de enojo del héroe, vengado en el «retorno» de los Heráclidas). A diferencia de esos mitos «medievales» de lo que hoy ya reconocemos como «Edad Media griega» (en que la casta dominante, los dorios, tiene prohibido el tocar un arado ni ejercer ninguna otra clase de oficio a excepción de las armas) el mito de los Telchines-Cabiros *define como motivo de endiosamiento el trabajo*, y además, no el trabajo servil, adocenado, sino la *obra bien hecha*, sea un *gremio* como quiere Estrabón, sea una *casta* diferenciada por su maestría en forjar los metales, y divinizada, por este mismo arte, con los títulos de «Vulcanos» y «Titanes».

Lo que hoy el prehistoriador «pide» al hombre de las cavernas o al hombre neolítico, para tributarle un interés basado en la «tipología», no es que realice hazañas guerreras, sino que *produzca*, que *trabaje*. Sus hachas de sílex o su cerámica es el único mensaje directo que nos llega de él. Incluso cuando realiza obras de arte, quisiéramos demostrar que las ha hecho para poder comer y no sólo por amor al arte. Y de aquí pasamos al tema de la magia fabril, en que también hay una resonancia en el mito de los Dactilos-Telchines-Cabiros.

LA MANO MÁGICA Y PROFUNDA

Es tema muy trillado, en Prehistoria, la interpretación de las siluetas de manos halladas en las cavernas paleolíticas, y que pueden tener al menos dos significados: uno, medicinal, cuya pista podían

seguir los etnólogos a través de ciertos ensalmos de las brujas de la Edad Media, que curaban determinadas enfermedades de la piel haciendo meter las manos en agujeros preparados al efecto en las paredes de las grutas.

Las versiones clásicas del mito de los dactilos han agotado en su doble aspecto (mitológico y prehistórico) el simbolismo de la mano. Comenzando por la etimología, Pausanias y Diomedes el Gramático transmiten la leyenda de los Dactilos Ideos o del Monte Ída. Según Diomedes, la diosa Ops (Rhea), sintiendo los dolores de parto después de huir a la isla de Creta, apoyó sus manos sobre el monte Ida y así dio a luz a Júpiter. En este episodio, en que el juego anda entre deidades de colosal estatura, cada uno de los hoyos producidos en el monte por los dedos de la olímpica parturienta sería fácilmente identificable con el cráter de un volcán, de los que habrían salido los «Dactyloi», divinidades sinónimas que llevan nombre de dedos: los de la diosa Ops.

Algunos etimologistas, de una manera — lo confesamos — quizá demasiado ingeniosa, han deducido una semejanza entre la voz *Ida* y las voces hebrea y fenicia usadas para designar la mano, de lo que vendría a resultar que «*Ida*» significaría «Montaña de la Mano». En todo caso los dioses salidos de esta solemne coyuntura, coincidiendo con el instante en que alguien daba a luz a Júpiter en persona, no podían ser nada vulgar. La multiplicidad de versiones, que nos recuerda las (también tecnócratas) de los «Emperadores Celestes» de China, gira siempre en derredor del trabajo, de los inventos, de la civilización material. Es una preocupación típica de prehistoriador, que parece volver la espalda a la mitología heroica y amorosa para plantearse el problema de quién ha inventado la civilización. Según Pausanias, el propio Heracles sería un «Dactilo» procedente del *Ida*. No es el Hércules de la fuerza bruta, sino un héroe civilizador, que introduce en Grecia el olivo y funda los Juegos Olímpicos, que es tanto como fundar el calendario. Como botón de muestra, y por una sola vez, insertamos los «nombres propios» que el mito atribuye a esos Dactilos, hermanos de aquel Heracles en la versión cretense. Se llaman Paenainos, Epimedes, Iasos e *Ida* (como el monte). Sería fácil citar otros nombres propios de esas extrañas deidades, siguiendo otras versiones, pero no es éste nuestro propósito.

También va asociado el nombre de la diosa Cibele, relacionada con los filones metalíferos del mundo subterráneo, a las leyendas de los Dactilos.

Y si del Paleolítico (la mano mágica) pasamos al Neolítico, también se halla asociada, en los autores clásicos de la baja época, la figura de los Dactilos-Telchines, a la invención del molino.

Agricultura, metales, siluetas de manos... Por su temática, si no por su forma balbuciente y pintoresca, que no tiene nada de moderna, ahí está en embrión toda la Prehistoria.

NOTA HEURÍSTICA

PAUSANIAS, V, 7, 6. — DIODORO SÍCULO, V, 64. — ESTRABÓN, X, 473. — APOLONIO DE RODAS, *Argonautas*, I, 1126. — CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protréptica*, s. I. — PÍNDARO (s. I.) presenta a los Cabiros como fundadores de misterios. — FOCIO, *Lexicón*, voz *Cabiros*.